

NATURA

REVISTA QUINCENAL
DE
CIENCIA, SOCIOLOGÍA
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Floridablanca, 126, 1.º, 2.º—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9

Lecciones

(Continuación).

Los habitantes de las malezas no tienen jefes de ninguna clase y son incapaces de tener un gobierno cualquiera. Ni cacique, ni cabecera, ni rey, como los loros. Son brutos, se nos dice. En efecto; ¿para qué rey ó reina entre miserables que van errando continuamente en busca de una vivienda? Con tan pocos cambios en el interior y con el exterior ¿para qué un comercio? Con tan escasa herencia y propiedad ¿á qué un gobierno? Grande ó pequeña, la tribu es una familia estrechamente unida en la cual cada miembro cuenta siempre con todos y todos con cada individuo. No hay nadie que no sea alguien. En estas minúsculas organizaciones los no-valores son desconocidos. Los más fuertes y los más hábiles toman sobre los compañeros una preponderancia que dura lo que puede. Las necesidades las proveen los necesitados.

Sin embargo, esta ausencia de gobierno no implica en el pueblo caprichos, ni impulsos desordenados. La multitud obedece estrictamente al poder impersonal de una costumbre tanto más poderosa cuanto que nadie la discute. Fija ó pareciendo fija, su observación dura lo que dura una roca de mármol, se altera tanto como ésta, pero no más. Parece confundirse con la naturaleza misma de las cosas. En todas las circunstancias cada uno sabe ó siente lo que esta costumbre prescribe. Cuando todos marchan al unísono y saben tan bien el camino unos como otros ¿por qué tendrían que tomar guías?

Un francés, por ejemplo, desde su nacimiento, posee un séxtuplo código y se halla anonadado por doscientas mil leyes, todas dictadas para su bien, dicen los legisladores. No obstante, si interroga su conciencia, seguramente desde el fondo de ella envidiará la justicia que practican los Uatchandis canibales, y admirará, ideal intangible, esta concepción del derecho sobre la cual han organizado la ciudad de los Bhils estas bandas de merodeadores.

El sér colectivo llamado tribu, horda ó nación, posee el vigor y la salud que le aporta cada uno de sus miembros; su acción es la resultante de todos los movimientos espontáneos. Espontáneos, pues que en una comunidad fisiológicamente sana, ninguna necesidad hay de la fuerza brutal para «hacer marchar» á los ciudadanos. Los salvajes excluyen el artificio de su constitución política. De ahí la vida prodigiosamente larga de las hordas que subsisten á través de los siglos sin cambio aparente, mientras que los grandes Estados tienen la vida tanto más corta cuanto más

energía gastan en fajar el resorte de la violencia y cuanto más la minoría oprime á la mayoría. En materia de autoridad, á los primitivos les basta la conciencia y la costumbre; una engendra la otra; una es la ley interior, la otra la ley exterior.

Le Primitif d' Australie, pág. 120, 121, 195, 196.

Elías Reclús.

14 Junio. — Mal tiempo. Después del almuerzo gran conversación indiana. Nuestros tres viajeros hacen un grandioso elogio de la buena fe de los indios y declaran que casi siempre han sido los europeos los agresores. Se les puede reprochar su gran imprevisión, pues cuando la caza ha sido abundante, permanecen muchos días sin ocuparse en buscar nuevas provisiones, diciendo que quieren gozar del botín. Cuando pierden un hijo, una mujer amada, se destrozan los vestidos, rompen su fusil, exponiéndose de este modo á morir de hambre y de frío. Entonces huyen á los bosques y sin decir ni pedir nada á nadie, permanecen en ellos hasta que alguien va á buscarles. Hepburn dice de los indios, que una vez le trajeron una provisión de carne que no tocaron á pesar de que hacía tres días que no habían comido. Construyen unos *escondites* en los que encierran sus provisiones, de modo que los lobos no puedan comérselas. Si vuestra necesidad es urgente, no hallan malo que toméis de estos escondites lo que os haga falta, pero sin escoger, pues dicen, y con razón, que el hombre que tiene hambre toma los alimentos sin parar á escogerlos. No tapar de nuevo el escondite, lo consideran como una prueba de malevolencia.

Journal d'un Voyage aux Mers polaires, pág. 19.

J. R. Bellot.

Aparte algunos utensilios necesarios, como algunas armas y ciertas provisiones, pocos esquimales de la Groenlandia poseen en propiedad otras cosas fuera de sus vestidos y de sus pequeños botes ó kayaks; el resto es propiedad del clan (1). Así el individuo que después de haberse hecho prestar de un compañero una herramienta ó un arma, pierde ó estropea estos objetos, no viene obligado á indemnizar al que se los prestó, pues los esquimales de la Groenlandia piensan que únicamente se presta lo supérfluo y que el objeto prestado no era indispensable á su poseedor.

En virtud de esta misma teoría, toleran que un hombre posea dos kayaks, pero si tiene tres debe dar uno á un miembro del clan á fin de que no se acumule la riqueza. En general, todo lo que no sirve directa é inmediatamente á un individuo, es considerado como propiedad común y á disposición de quien tenga necesidad de ello. Un hombre, salvo raras excepciones, no puede capturar él sólo animales grandes, una ballena, un oso, una morsa; en consecuencia los groenlandeses, han acordado que estos animales, sea cual fuere el modo como hayan sido capturados, sean propiedad común del clan. Al individuo pertenece lo que puede capturar por sí solo, pero nada más. Un esquimal tiene, por ejemplo, el derecho de considerar como suyo todo trozo de madera que flote en la orilla, pero á condición de que sus dimensiones sean tales que un hombre solo pueda arrastrarlo á tierra. En este caso basta una piedra colocada sobre el trozo de madera para garantizar el derecho de propiedad individual.

Como las hordas ó clans de los esquimales están aún cerca del estado anárquico, la libertad individual es respetada en sus grupos. Si la solidaridad se hace pesada á uno de ellos tiene el derecho de salirse de la asociación, de construirse una choza (un iglou) que le sea personal, y cazar y pescar por su cuenta y riesgo. «¿No quieres

(1) Rink Tales and Traditions of the Eskimos, 1877.

ayudar á los demás?—le dice la asociación.—Bien, sea; pero nadie te ayudará.» Este es, sin duda, un raciocinio de salvaje; pero no es seguramente un raciocinio tonto.

De la *Evolución de la Propiedad*.

Carlos Letourneau.

Perdida entre los veinte textos que conciernen al robo, hallo una ley profundamente humana. Hela aquí:

«El que robe caña de azúcar, batatas, patatas, maíz, judías, pistacho, bananas, naranjas, limones, calabazas, uvas, legumbres y *toda clase de substancias comestibles*, sea en el campo, sea en la ciudad, será reducido á prisión durante una semana y obligado á reembolsar el valor de lo robado.

«Pero todo aquel que se coma estas substancias sobre el terreno y no se lleve ninguna cantidad, *no será considerado como culpable de robo*. (Ley 33).»

Obsérvese cuán benigna es, relativamente á las demás, la pena que recae sobre el ladrón de una substancia comestible. ¿Pero, qué pensar del segundo párrafo de la ley 33? Pues hay que pensar que es necesario ir al país más barroco del mundo para hallar una ley que consagre el derecho al hambre. Comer en pleno sol las legumbres que pertenecen á otros no es un crimen en Madagascar.

Chez les Hovas, París, edit. Ollendorff.

Juan Carol.

En el resto del clan americano no se encuentra ya, por lo menos en su pureza primitiva, el tipo del clan igualitario, conservado entre los Pielas Rojas. Casi en todas partes el régimen de la tribu monárquica le ha sucedido, tanto si el jefe es elegido ó que gobierne por derecho de nacimiento.

Ya he dicho en otra parte cómo la práctica perpetua de las guerras ha acabado por crear en toda la tierra, ó poco menos, jefes monárquicos, nobles, etc., y de este modo ha alterado profundamente las costumbres y la moralidad de los primitivos. No obstante, buen número de tribus indias de la América del Sud conservaban, aún bajo el régimen monárquico, en las relaciones entre los miembros de un mismo clan, la urbanidad, la sociabilidad y la honradez antiguas.

Así entre ellos, los Caraibos son de una probidad tan rigurosa, que si desaparece un objeto, dicen muy naturalmente: «Por aquí debe haber pasado un cristiano.» Según Charlevoix, los indios de las tribus caníbales del Brasil, entre las cuales pasó un año, viven juntos sin querellarse y se socorren mutuamente con generosidad sin límites. Como el de los Pielas Rojas, su carácter sería del todo admirable si las relaciones entre las diversas tribus no fuesen muy diferentes de las de los individuos de un mismo clan ó tribu. Wallace dice lo propio de los indios de la América del Sud y hasta de las poblaciones salvajes de Oriente: «He vivido, dice, en la América meridional y en Oriente en medio de grupos comunistas, en que la opinión pública ocupa el lugar de las leyes y tribunales. Cada hombre respeta escrupulosamente los derechos de sus compañeros y muy poquísimas veces ó nunca se infringen estos derechos. En estas sociedades comunistas reina una igualdad casi perfecta. No hay estas disparidades entre la instrucción y la ignorancia, la riqueza y la pobreza, el dueño y el servidor, como prodúcelos nuestra civilización. Tampoco se ve esta extrema división del trabajo que, sin duda, produce la riqueza, pero asimismo origina conflictos de intereses. Tampoco se observa esta ruda lucha por la existencia y la fortuna que provoca inevitablemente la densidad de nuestras poblaciones civilizadas. Nada hay, por lo tanto, que impulse á los grandes crímenes y los pequeños delitos los reprime en parte la opinión pública, pero sobre todo

los previene este natural sentimiento de justicia y también del derecho del vecino, que parece ser en cierto modo natural á todas las razas humanas.»

Sobre este último punto se equivoca Wallace; el sentimiento de lo justo no es innato en el hombre, sino después de una larga educación social, y precisamente es el régimen del clan primitivo que más ó menos profundamente lo implantó en la mentalidad humana.

En la Papuasía el clan ha dejado de existir como organismo social, pero seguramente después de muchísimo tiempo de existencia. Precisamente á su influencia educativa hay que atribuir ciertas inclinaciones altruistas que se observan en los negros insulares, inclinaciones creadas por la vida comunista de los primitivos. La hospitalidad es, por ejemplo, entre los Papuas una virtud que se ha hecho instintiva. En la Nueva Caledonia, todo viajero puede entrar en una casa cualquiera, durante la única comida vespertina y sentarse alrededor de la marmita familiar. No faltan perezosos que van de casa en casa aprovechándose de esta costumbre, y á los cuales se estima en poco y aun irónicamente les apodan con el nombre de «golondrinas», pero jamás se les niega esta pitanza diaria que ellos reclaman en virtud de la costumbre ancestral.

La Psychologie ethnique, pág. 187 — 174.

Carlos Letourneau.

Los insulares de las islas Marianas viven en una completa independencia unos de otros. Cada uno se gobierna á su antojo. No tienen leyes ni magistrados. Tienen solamente algunas costumbres á las que se someten voluntariamente. No hay castigos para los infractores y cada uno se hace justicia á sí mismo. Estos salvajes no tenían ninguna idea de religión y no reconocían divinidad alguna. Ni templos, ni altares, ni sacerdotes...

Uno de estos insulares dijo á los misioneros que los europeos habían ido á sacarles de la afortunada simplicidad en que vivían y corrompido sus costumbres, so pretexto de educarles y civilizarles; que los conocimientos que les aportaron, únicamente habían servido para aumentar sus necesidades é irritar sus deseos; que el especial deseo de instruirlos tenía por resultado esclavizarlos y arrebetarles la preciosa libertad que les habían legado sus antepasados y que se les hacía desgraciados con la esperanza de la felicidad quimérica que les prometían.

Historia de las islas Marianas, pág. 433.

Rev. P. Jesuita Gohien.

(Continuará.)

Blasco Ibañez

El último cristiano

Apasionanse los desocupados y los amigos de sensaciones fuertes, con los mil incidentes de la guerra ruso-japonesa. Yo confieso que en ese choque de dos pueblos, no me interesan ni los esclavos ni los nipones. Entre tantos generales, almirantes, grandes duques, infantes bohemios (como el hijo de D. Carlos),

reyes y emperadores cubiertos de cruces y bordados, con el sable desnudo, mostrando briosos corceles ó erguidos sobre el puente de un acorazado, el único combatiente que me interesa y me apasiona, es un ruso anciano, de ancha frente y luenga barba, que envuelve su cuerpo aristocrático en la pobre blusa

del *Moujik*, y allá en la soledad de una aldea de las estepas, hace zapatos y cuando se fatiga con el trabajo corporal, escribe libros.

Antes de veinte años, la humanidad habrá olvidado á Kuropatkine y á Togo, al czar Nicolás II y al misterioso monarca del Mikado: pero transcurrirán siglos sin que los hombres dejen de hablar de Tolstoi; antes bien, el paso del tiempo agrandará y fortalecerá su nombre.

Todos esos rayos de la guerra pasarán cual rápidos fantasmas de la historia, como pasaron centenares y miles de guerreros, de los cuales ya nadie se acuerda; los que no pasan, los que quedan para siempre en la memoria de la humanidad, son los héroes del bien y de la ciencia, los que quieren convertir al hombre en dios, exaltando cuanto hay en él de bueno, en contraposición con los que pretenden transformarle en bestia feroz, excitando lo que queda en él de animalidad, como rastro de un origen, enardecándolo con las sonoras palabras de gloria, victoria, patria, etc.

Tengo ante mis ojos la última obra de Tolstoi, el folleto contra la guerra «*Ressaisissez vous*», que tanto ruido ha causado en el mundo.

Tolstoi es el último cristiano. La dulce poesía evangélica, sofocada y muerta desde que el cristianismo se convirtió en religión oficial aliada de los Césares, renace en este gran artista.

Hace siglos que agoniza el cristianismo. Ni una sola de sus máximas se cumple en la vida social: ni uno de sus preceptos fraternales influye en nuestra existencia. Se mantiene la envoltura, pero el alma hace tiempo que se disolvió.

Los poetas han dicho que el cisne antes de morir reúne sus fuerzas y lanza un canto supremo y dulcísimo, último adiós á la vida. Tolstoi es el cisne del cristianismo. La moral evangélica, desconocida y olvidada, que reina de nombre hace veinte siglos y no ha imperado

de hecho ni veinticuatro horas, lanza por la boca de Tolstoi su último canto antes de extinguirse.

Lo que inició el hijo de un carpintero de Nazareth, dulce menestral, con delicadezas de poeta que supo extraer lo más consolador del budismo y de la filosofía helénica para alivio de la humanidad, lo acaba un lamento de desconsuelo ante la barbarie del hombre otro poeta, un ruso que se humilla para ser exaltado, y con las mismas manos que fábrica obras inmortales cose las botas de los humildes.

«Los hombres de clara inteligencia—dice Tolstoi en su último libro— no pueden ignorar que los pretextos de las guerras siempre son tales que no vale la pena de sacrificar por ellos una sola vida humana ni una centésima parte de los medios de existencia que consumen.»

Y al llegar aquí Tolstoi, cita un ejemplo interesante. La guerra de Secesión de los Estados Unidos, la lucha del Norte contra el Sur, tuvo uno de los pretextos más nobles: la libertad de los esclavos negros. Sin embargo, esta guerra costó cien veces más de lo que hubiese costado comprar la libertad de los negros con dinero y pacíficamente.

«Todos saben—continúa Tolstoi— que las guerras provocan en el hombre las pasiones más bajas, las más groseras, depravándolo y embruteciéndolo.»

«¿Qué hay que hacer?—dice el gran poeta.—Cada hombre de nuestro tiempo y del mundo cristiano debe decirse:—Antes de ser emperador, soldado, ministro ó periodista, yo soy hombre, es decir, un sér enviado por la voluntad superior á un mundo infinito en el tiempo y en el espacio, para permanecer en él, sólo un momento y después morir, ó lo que es lo mismo, desaparecer.»

«El emperador debe decirse:—Antes de que me hubieran coronado, antes de que me hubieran reconocido como emperador, antes de que me comprometiese

á cumplir mis deberes de jefe del Estado, por el hecho sólo de que vivo, tenía ya que cumplir otros deberes con la voluntad suprema que me ha enviado al mundo: y estos deberes son amar á mi semejante, servirle, proceder con él como yo deseo que procedan conmigo.»

Pero Tolstoi, después de estas hermosas ilusiones, parece volver á la realidad dándose cuenta de que el cristianismo no es más que un fantasma que sobrevive refugiado en la imaginación de unos cuantos poetas.

»Para lograr ésto—exclama—es preciso que los que, consciente ó inconscientemente, embrutecen al pueblo con las supersticiones eclesiásticas, cesen de hacerlo, y comprendan que en el cristianismo, lo que importa y debe ser obligatorio, no es el bautismo, ni la comunión, ni los dogmas, etc., sino el amor á Dios y al prójimo, «el no hacer á los otros lo que no quieras para tí», máxima que vale más que toda la ley y los profetas.»

¡Sublime Tolstoi!... Lo admiro y no creo en él. Me asombra la fe con que intenta resucitar á un muerto, que es el cristianismo, y con esta resurrección imposible salvar á la humanidad.

Este último cristiano pelea solo, completamente solo, sin más auxilio que su talento y su fe. Las masas obreras hace tiempo que volvieron la espalda al cristianismo, viéndolo monopolizado por sus opresores, que explotaron la esperanza del cielo para justificar así las miserias de la tierra. Ellas respetan á Tolstoi, le escuchan, pero no creen en el remedio del cristianismo con su Dios de bondad y de justicia que los poderosos han convertido en una especie de gendarme que está siempre al lado de los fuertes.

Por otro lado, los fanáticos de todas las sectas cristianas maldicen y excomulgan al último cristiano y rujen contra él, sintiéndose heridas en su amor á la inmovilidad por la audacia de este revolucionario que despoja el cristianis-

mo de los antifaces y adornos eclesiásticos para restituirlo á su antigua y pura desnudez.

El último cristiano está solo, completamente solo. Si puede permitirse audacias como esta última, de maldecir la guerra en un país de absolutismo que se halla comprometido en la lucha, lo debe al respeto que infunde su grandeza intelectual y al carácter de los tiempos.

Un czar de cincuenta años atrás lo hubiese deportado á Siberia. Pero Nicolás II ha estado en París viendo por sí mismo que, á pesar de tener en su corte los generales á miles, el único ruso de quien habla Europa es Tolstoi.

Su aislamiento y su fe infunden respeto: pero al mismo tiempo su resurrección del cristianismo para acabar con la guerra hace sonreír.

El cristianismo, apenas triunfó, lo convirtieron los sacerdotes en el aliado de las armas. Su verdadera divinidad no es Jesús, sino el Dios de las batallas, en cuyo honor se canta el *Te Deum* cuando un ejército de cristianos ha degollado á unos cuantos miles de infelices que también eran cristianos. Hasta las procesiones en tiempo de paz marchan seguidas de bayonetas, y no hay fiesta religiosa de importancia en la que no truene el cañón al mismo tiempo que bendice el sacerdote, para que conste que la religión y la guerra marchan juntas y se necesitan una á otra, completándose.

No, el cristianismo no acabará con la guerra, como lo sueña el último cristiano. El cristianismo ha muerto.

Quien acabará con la guerra es la revolución social que avanza lenta y arrolladora: el socialismo, la unión internacional de los trabajadores.

Hermoso y conmovedor es cuanto dicta el alma evangélica de Tolstoi, pero más grande y trascendental es lo que acaba de ocurrir en el Congreso de trabajadores reunido en Amsterdam. El voto de los asambleistas eligió como vicepresi-

dente al compañero Plekhanoff, representante de los obreros de Rusia, y al compañero Katayama, representante de los trabajadores del Japón.

El ruso y el japonés, al ocupar la presidencia, se abrazaron fraternalmente, entre una ovación inmensa del público.

—La guerra entre el Japón y Rusia— dijo Katayama—es vergonzosa y sólo se hace por el interés de los capitalistas.

—La guerra—contestó Plekhanoff—no es el pueblo ruso quien la ha provocado y llevado á efecto: es su Gobierno, que resulta el principal enemigo de la Rusia.

Y ante el abrazo de estos dos hombres, hermanos en el trabajo y la desgracia, que los gobiernos y el capitalismo quieren convertir en enemigos, la asamblea prorrumpió en gritos de ¡abajo la guerra! maldiciendo á los gloriosos asesinos de profesión que por sus ambiciones particulares mantienen latente su brutalidad humana.

No me forjo ilusiones. La supresión de la guerra será la última etapa de la perfectibilidad humana, y no fácilmente se realizan estas conquistas. Nosotros no lo veremos; tal vez transcurran siglos. Pero los obreros se asocian y se ilustran en el mundo entero. Hoy las cuatro quintas partes de trabajadores están en la barbarie. Pero un día llegará en que todos los obreros de Rusia se llamarán Plekhanoff como el del Congreso de Amsterdam, y todos los del Japón Katayama. Y cuando sus gobiernos les

pongan un fusil en las manos para matarse, lo echarán al suelo y abrazándose como hermanos dirán á los gobernantes:

—No queremos pelear, ya que no nos odiamos. Todos somos hombres y bastante sufrimos con la dura necesidad del trabajo. ¿Para qué hemos de conquistar los pobres nuevas tierras? Sabemos que no nos ha de faltar la única que necesitamos: los siete palmos de suelo en que reposará nuestro cansancio de una vida de miseria.

Es perder el tiempo clamar contra la guerra. Hay un medio seguro de acabar con ella: suprimir el soldado raso. El día que todos los trabajadores estén asociados, bastará que los sindicatos digan: «Se acabaron las guerras», para que los gobiernos sofoquen sus ambiciones belicosas.

Si no existiera el soldado, el burro de carga de la guerra, la carne de cañón, no existirían ejércitos ni guerra. Faltando el soldado, nadie puede soñar en ser caudillo.

El día que falten los soldados, ceros insignificantes que dan valor é importancia á la unidad del militar profesional, seguramente que los generales y los oficiales de cada país no se prestarán ellos solos, en medio de la general indiferencia, á hacer la guerra; que hoy nos pintan como una de las pasiones más nobles y justas que siente la humanidad.

De La Publicidad, Barcelona, Septiembre 1904.

Pellico

Armonía del capital y del trabajo

En Septiembre próximo pasado se inauguró en Amberes la cuarta Bolsa del Trabajo, con gran pompa, pronunciando un notable discurso el heredero de la corona de Bélgica, invitado á presenciar el acto.

Según los informes publicados, se tra-

ta de un soberbio edificio erigido por la Unión general, para la protección del trabajo en el puerto de Amberes. Esta institución es fundada por los armadores, agentes y corredores marítimos, consignatarios de buques, abastecedores de carbón, contratistas de carga y descar-

ga, de transportes, y, en general, de todos los trabajos relacionados con la vida del puerto; es decir, todos los patronos.

El programa de la Unión es: trabajar bien y tranquilamente patronos y obreros con perfecta armonía; los patronos se comprometen á no reducir los sueldos de los operarios, á contratar de preferencia á los obreros afiliados á la Unión, á proteger sus personas y la libertad de su trabajo, á socorrerlos en caso de enfermedad, á coadyuvar á la formación de todos las instituciones de socorros mutuos, y sobre todo en caso de paro forzoso, y esto sin que los operarios tengan nada que pagar; los patronos corren con todos los gastos, para lo cual se establece un pequeño porcentaje sobre el producto de carga y descarga de buques; y los obreros, para ingresar á la Unión, sólo deben comprometerse á que *nunca se declararán en huelga*, y que *reconocerán la autoridad absoluta del consejo de arbitraje*.

M. Steinmann, presidente de la Unión, declara: «Los obreros no se han afiliado á nosotros por cansancio ó por intimidación, sino porque, á fuer de gente razonable, han comprendido las ventajas de la combinación; y si el número de adherentes no ha dejado de crecer estos tres años hasta tal punto que podemos decir que la población de los obreros del puerto está con nosotros, eso se debe á que en esos tres años hemos probado con hechos que la obra emprendida les era tan provechosa como á nosotros mismos.»

Omito detalles del funcionamiento de las cuatro Bolsas de Trabajo creadas por la Unión durante esos tres años que funciona, por innecesarios á mi objeto, reconociendo que el propósito patronal se cumple con sinceridad, siendo quizás lo mejor montado en el género. Es innegable que los obreros hallan en esos magníficos locales bienestar, ilustración, recreo, asistencia, y artículos de consu-

mo buenos y con baratura. Los trabajadores, aunque no contribuyan al fondo social, tienen intervención en la administración por medio de delegados, que gozan de iguales derechos que los otros miembros de la Unión, con voz y voto en las asambleas generales y derecho de fiscalizar los ingresos y los gastos. Los pedidos y reclamaciones de los obreros son atendidos. En cada uno de los locales hay una cajita fijada en la pared, en la cual el operario descontento puede depositar el papel en que formule críticas, proponga reformas ó la corrección de abusos. En el Tribunal de arbitraje se halla representado debidamente el elemento obrero, y patronos y operarios están obligados á cumplimentar sus resoluciones.

Y para completar el conocimiento de la importancia de las Bolsas del Trabajo descritas, copio algunos conceptos vertidos por el príncipe Alberto en el mencionado discurso:

«Vuestra obra es de paz y concordia social. Habéis, conjuntamente con la prosperidad del comercio, cuidado del bienestar del obrero. Estáis ahora reunidos, y os habéis dado y estrechado las manos; habéis comprendido la necesidad de una estrecha unión... La nación que en el porvenir comprenda mejor las necesidades sociales del comercio y de la industria, es la que podrá asegurar mejor las relaciones amigables entre el capital y el trabajo; y esta nación adquirirá la preponderancia en las relaciones entre los pueblos... Estar unidos, es estimarse mutuamente, inspirarse confianza, y la confianza es la piedra angular de la concordia y la unión. Y en ninguna parte esta confianza es más necesaria que aquí, en nuestro gran puerto. Una huelga, aquí, sería de resultados desastrosos, no sólo para Amberes, sino también para el país entero, pues nadie ignora que el Escalda es la gran arteria, el río que alimenta á nuestro pueblo, y,

por esto, Amberes debe particularmente preocuparse con tesón por los intereses de su puerto...»

Héme entretenido en informar, aunque brevemente, lo bastante á los lectores de NATURA, porque realmente se trata de una institución digna de estudio y el mejor modelo concebible dentro de la sociedad actual para la realización de la armonía del capital y del trabajo. Ella no es ninguna carga para el obrero, y no le es impuesta, ni se le explota canallescamente (aparte lo de la explotación del trabajo), como ocurre frecuentemente en instituciones análogas. Se manifiesta bien francamente, por la parte patronal, el vivo deseo de que el trabajador no tenga queja del patrono, y aun de que se encuentre mejor en su compañía, que vagando de aquí para allá, cambiando de amo, sin ningún lazo de unión ni amistad.

Ciertamente el móvil de la institución no es tan desinteresado, como podría parecer á simple vista, ya que, como dijo el príncipe, una huelga en el puerto de Amberes comprometería la vida del país entero; pero á cada rato se ve que el orgullo patronal se sobrepone á toda otra consideración, aunque se comprometa todo. ¿Y qué cosa no tiene un móvil interesado? Los obreros que se han adherido á la Unión, tampoco lo han hecho cándidamente, sino por su interés.

Todo esto me conduce á pensar, si la habilidad burguesa es capaz de poner vallas serias á la evolución emancipadora de los trabajadores.

El asunto, á mi juicio, es muy serio. Francia estudia mucho para implantar instituciones análogas—arbitraje, asistencia, jubilación, casas para obreros, leyes, en fin, protectoras.—Italia sigue por esta corriente. Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, muchas naciones se encaminan á evitar los crecientes conflictos entre el capital y el trabajo.

Innegable es que si algo se hace por

el mundo del privilegio, es por que el mundo explotado, el mundo trabajador, se ha mostrado bastante insistente y amenazador para sentirse aquél alarmado y temeroso. En último caso, se probaría que la fuerza rebelde ha arrancado concesiones á los explotadores.

Es también un hecho histórico que los poderes que transigen, en vez de resistir, desarman ó aplazan rebeldías.

Y ya los actuales hechos parecen descubrir que nos hallamos efectivamente en el período crítico evolutivo, que, ó se transige, ó la evolución se precipita hasta su natural fin, dados los términos en que se halla planteada.

Ahora bien: ¿es posible la armonía del capital y del trabajo? Aunque los hechos expuestos parecen favorables á la afirmativa, su posibilidad no puede menos que ser transitoria, por que no está ella en la naturaleza de las cosas. La protección humilla al protegido; la amistad y la confianza no caben entre el que se enriquece á costa del trabajo ajeno y el trabajador; el sentimiento de libertad, el espíritu de igualdad, no pueden ser satisfechos en tal orden artificial y acomodaticio á favor del patrono. Si momentáneamente el obrero, acosado por la miseria y el sufrimiento, se acoge á lo que le hace más llevadera la existencia, como le falta tanto para completar su haber, es tan enorme lo que se le debe, que la diferencia á su favor le hará olvidar bien pronto las pequeñas ventajas obtenidas, que no son más que aplazamientos y renovaciones sin término, y acabará por pedir el saldo ó ejecutar al deudor.

Ya es sabido: aunque las concesiones accontentan, es por breve plazo; y los pueblos son como los chicos: cuando por su insistencia consiguen algo, luego piden más, y después más, y siempre más; y, ó se transige de continuo, ó la última negativa enfurece y hace olvidar toda concesión anterior.

Y los poderes son como los padres autoritarios: unas veces complacen á los niños por diplomacia; otras se creen faltados al respeto, se embota en ellos toda ternura, y adoptan el castigo. No hay posible componenda, hasta que el niño se hace hombre, se emancipa, y se tratan de igual á igual padre é hijo.

La conclusión es, pues, que la armonía del capital y del trabajo es pura quimera, por más que una habilidosa teatralidad encante al pueblo unos momentos de más ó menos duración.

Sin embargo, para los que ven claro el problema social, toda demora en solucionarlo, todo encantamiento, cáusanles pesar profundo, por que son como nuevas llagas abiertas á un llagado cuerpo que sufre de sendos siglos. Les es tanto más doloroso cuanto conciben que, por ejemplo el mismo caso de Amberes, por más recursos que tenga el capital y por más desprendimientos que haga en favor del obrero, éste podría proporcionarse, por medio de la asociación, todos los beneficios que ahora acepta como una humillante limosna, y obtener muchos más, muchísimos más, siendo dueño de ellos, libre en su fuero de hombre, y poderoso por sus propias creaciones; todo estriba en buscar en el principio de asociación la fuente de los grandes recursos que necesita.

Y esta sola consideración, siempre de verdad práctica incontestable, debiera pesar muy y mucho á todos los hombres que sinceramente anhelan la emancipación de los trabajadores, con luces suficientes para ver claras las cosas, para no olvidar que el obrero, aun el más sensato, si bien agrádale el conocimiento de las grandes verdades, de los ideales trascendentales, necesita de toda necesidad, en tanto aquéllos no se realicen, algo que atenúe su malestar, que le infundan una esperanza de mejoramiento, algo que sea práctico, que le inspire

confianza; por que, de lo contrario, aun con la mente llena de ideales, la ley de la fuerza mayor, el caso fortuito, le inclinará á acogerse á lo que le den hecho, que parezca algo efectivo.

Yo creo que el quijotismo y el sanchismo no son creaciones amoldables sólo á la región española, y por eso admiro la obra cervantesca; esas representaciones son humanas realmente. Hay mucho de lirismo, lirismo abnegado sin duda, en los grandes pensadores, que no se aviene mucho con el positivismo material de las muchedumbres, aunque á veces sienten la exaltación de los bellos sentimientos de aquéllos. Ello será muy triste; pero es tristemente cierto.

Una especie de espíritu sanchesco mueve á las masas en busca de las ollas de Camacho, por que sienten hambre, y así van, sin pensarlo mucho, tras de los que prometen conducirlos más prontamente al gran festín. Ciertamente es que ellas podrían poner en seguida la mesa y proveerla de cuanto quisieran, como por varita mágica, con sólo proponérselo. Pero la obra de los siglos anubla su mente, y les parece que tal maravilla, tan sencillamente práctica con querer producirla, no es posible.

De ahí la necesidad de dedicarse, á la par de la propagación de las verdades emancipadoras, á la organización obrera libre, dotándola de todos los elementos y medios capaces de satisfacer los anhelos del pueblo obrero, que entonces se convertiría en su defensor y en apóstol de su propia emancipación.

No somos bastante hábiles para ayudarle á ello, pues se irá á cobijarse bajo otras banderas similares ó contrarias, y no volverá á nosotros hasta que el desengaño ó el propio convencimiento se lo aconseje.

La tarea emancipadora es larga y costosa; pero me parece que se pierde mucho tiempo—me dirijo á los que no debieran perderlo—y menos raro es que

lo malg
charlo.

Medio
siglo d
rios, m
vacilar
para la
mana.

Toda
de acci
cipador
para gu
quible,
potenci

Los

Exis
marcal
mayor
tencia
la Vid
medio
de glo
pasati
Ella es
minad

Sus
de su
mente
está c
moral
intimi
fruto
de un
riosa,
es im
sea po
de art

lo malgastan los que no saben aprovecharlo.

Medio siglo de propaganda, medio siglo de estudios sociales y societa-rios, me parece ya bastante para no vacilar en la mejor marcha á seguir para la gran conquista de la libertad humana.

Toda obra se forma de pensamiento y de acción, idea y fuerza. La idea emancipadora es bastante clara y depurada para guiarnos. La acción, la fuerza as- quible, capaz de elevarse á la más alta potencialidad, está en la libre organiza-

ción obrera, suficientemente estudiada para practicarla.

No olvidemos que necios ó cuerdos los pueblos, son los pueblos que han de emanciparse, que son ellos los que han de evolucionar y procurar su emancipa- ción, y que los individuos, por sabios ó abnegados que sean, nada conseguirán con su sólo esfuerzo, sino confundiéndose y trabajando con el pueblo, como carne de su carne.

No pretendo enseñar á nadie, sino ex- poner mi pensamiento por deducción de los hechos que lo originan. Nada más.

J. Comas Costa

Los supérfluos del Arte

Á mi mejor amigo Claudio Jóvenes

Los poetas, para mí, son todos super- ficiales, son mares secados.—Turbian las aguas para hacerlas parecer pro- fundas.

NIETZSCHE.

Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu.

(Nada hay en la inteligencia que primeramente no haya llegado á nos- otros por medio de los sentidos).

ARISTÓTELES.

Existe en el campo del arte una re- marcable tendencia constituida por una mayoría inmensa que, fruto de su im- potencia para las grandes concepciones de la Vida, pretende hacer del mismo un medio de satisfacer sus vanidosos deseos de gloria; en primer término, es un fútil pasatiempo, ó distracción en el segundo. Ella es la que constituye el partido deno- minado del «Arte por el Arte».

Sus teorías, amalgama de toda clase de supersticiones, reposan maliciosamente en el fútil pretexto de que el arte está completamente desligado de toda moralidad cuyas raíces radiquen en la intimidad misma del conocimiento, como fruto espontáneo que es (según dicen) de una *inspiración* indefinible y misteriosa, de un *algo* que se siente pero que es imposible definir ó explicar como no sea por el sentimiento mismo de la obra de arte producida.

«El artista nace y no se hace», «el Arte tiene por fin la Belleza»; estas son las frases que en defensa de sus teorías repiten constantemente en todas partes y cuando alguien se propone hacerles explicar la significación de tales ideas emitidas, punto capital para poder en- tenderse, arguyen tales vaguedades y tan mezquinos conceptos que, con Proud- hon, podemos exclamar justamente que es fácil entenderse con todo el mundo menos con un artista.

«El artista nace y no se hace». Con- fiécese que esta fuera afirmación, cuyo punto de partida en sus defensores no es otro que la concepción religiosa de la inspiración por la influencia divina, en nada puede satisfacer al hombre de sano y elevado juicio.

Primeramente, y muy á pesar de las doctrinas de Lombroso y sus discípulos, la Ciencia nos dice que en el cerebro

humano, como igualmente en el de los demás animales, no existe nada innato de todo cuanto se relacione á la vida del espíritu.

Como todo lo del mundo, el Arte es determinado; lo determina el conocimiento de la Naturaleza. Imaginad á un *nacido artista* fuera de toda impresión que pueda sugerirle tal ó cual idea y su arte no se manifestará nunca, pues no solo le faltará el complemento para la ejecución de la obra, como pretenden que á ello sea debido los partidarios de tal aberración, sino que en absoluto no existirá. ¿Podría el hombre, de manera alguna, exteriorizar ninguna sensación sin haberla antes recibido, meditado y coordinado á las demás?

El pintor que transporta al lienzo tal ó cual escena de la vida dándole una intensa expresión de sentimiento artístico, ha debido para ello recibir desde que nació, un sin número de impresiones, mucho mayor del que comunmente se cree, y coordinarlas y meditarlas para producir, por medio de su exteriorización, la satisfacción de su espíritu, y de esta misma suerte, el literato, el poeta, el dramaturgo, etc. etc.

La idea, pues, de que el sentimiento artístico es innato en el hombre es completamente anticientífica, de donde se deduce en consecuencia que sólo la cultura del espíritu, por el conocimiento de la Vida, es el factor único determinante de tal cualidad y de su forma y modo de exteriorizarse.

Afirmado esto, podemos, pues, dejar sentado, para servirnos de ello más adelante, que el Arte, consecuencia de determinarlo el conocimiento, está en constante mutación y se acerca cada vez más á su verdadero papel dentro la sociedad á medida que el hombre va alcanzando mayor perfección moral é intelectual.

El segundo concepto de que «el Arte tiene por fin la Belleza» es más discuti-

ble y constituye una afirmación que podría darnos una satisfactoria y justa definición del Arte si al concepto de Belleza se le diese su verdadero significado; de otro modo, encerrando el concepto en el misterio de lo inexplicable, como lo hacen los partidarios del «Arte por el Arte», en lugar de definición pasa solamente á la categoría de círculo vicioso.

La Belleza, podemos decir que la constituye aquella parte de la Vida cuya intensidad de expresión se amolda más ó menos bien á nuestra construcción sentimental. Á medida que el hombre va alcanzando un mayor grado de cultura espiritual, mayor intensidad de expresión, mayor belleza descubre en todas partes.

Ahora bien; como la belleza depende del modo de ser de nuestro sentimiento, ella es por lo tanto variable en los individuos, según el medio en el cual se despliegan sus funciones psíquicas.

En el Africa por ejemplo, hay tribus que debido á la costumbre del medio ambiente, para satisfacer su sentimiento artístico tiñen sus dientes de un pronunciado y brillante color negro y en su consecuencia sienten una fuerte repulsión por todo aquel cuyos dientes sean de color.

Además, y es ello otro ejemplo, sabemos bien que el tatuaje está completamente en uso entre casi todas las tribus no civilizadas.

En cuanto á la belleza corporal, pues, lo que en estas tribus constituye una perfección estética es para nosotros repugnante y viceversa.

Otro ejemplo: yo recuerdo, cuando pequeño, lo repulsivas que eran para mí las mujeres embarazadas y muy especialmente en el último mes en que además de adquirir el embarazo en la mayoría de casos una monstruosa dimensión, los miembros del rostro y muy especialmente los labios y la nariz toman un as-

pecto mucho más carnoso que el de costumbre.

Hoy, esta repulsión, merced á nuevas ideas que han fecundado mi entendimiento, se ha trocado en un intenso sentimiento de respeto y admiración profunda y en contra del concepto de la inmensa mayoría de nuestros artistas que sólo cantan la belleza de las delicadas vírgenes, para mí el mayor grado de belleza que alcanza la mujer es cuando el embarazo tiene lugar en ella.

Creo, pues, haber significado con lo dicho que las ideas que á cada instante ocupan nuevamente el cerebro del hombre son los influyentes principales de su sentimiento artístico, no obstante no ser su acción completamente demoledora de las ideas viejas por la reacción que éstas ejercen constantemente al menguarse su influencia habitual.

El Arte pues, y es una afirmación que por sí sola se desprende, ha de ser forzosamente de actualidad, como fruto que ha de ser, para ser tal, del ambiente moral é intelectual en que el hombre viva y aquel que resucite viejas ideas y sentimientos ya enderrocados, su mediocridad misma hará estériles, frías y de ningún valor sus obras producidas.

El Arte antiguo ceñía su ejecución á la moralidad religiosa de cada época; Escultura, Pintura, Poesía, Literatura y música todo en conjunto respondía á la filosofía de aquel entonces, y, me atrevo á decirlo, con más relativa perfección y exactitud que en nuestros tiempos.

Si en la antigüedad el Arte surgía espontáneamente en su parte principal de un cúmulo de aspiraciones religiosas puesto que la religión significaba la ciencia de entonces, hoy, para responder á nuestra cultura actual tan completamente distinta de aquella, el Arte ha de abarcar nuevamente todas las manifestaciones científicas, morales y filosóficas que el cerebro humano ha conquistado modernamente; de otro

modo, renunciando á ella, renuncia al verdadero sentido de la vida toda.

Hoy, las luchas sociales, tanto económicas como filosóficas y todas las consecuencias que de ellas resulten, tienen en la vida humana una asombrosa importancia, ocupando una buena parte de los sentimientos mas elevados en la vibración de nuestras almas, en tan sumo grado, que casi abarcan completamente el campo de las aspiraciones por las cuales combatimos ardientemente.

Ahora bien: nuestros artistas partidarios del «Arte por el Arte» nos muestran con sus teorías morales de las cuales surgen sus producciones, su impotencia para ensanchar su espíritu conforme al conocimiento de la nueva vida revelada por la Ciencia, conforme lo exige la ley de Evolución. Sus teorías son la más sincera revelación de su renunciamento, de su falta de potencia de voluntad para seguir adelante por el camino de la vida nueva, y acostumbrados á encerrarse en el círculo limitado de la observación superficial de los actos y de las cosas valiéndose solamente para ello de sus sentidos á simple percepción, el misterio queda siempre misterio para ellos, y renunciando hallar en ello un motivo para su frío arte. ¡Nadie más odioso para mí que el artista que busca sus glorias en el fruto mismo de su impotencia!

Y para ellos, la Ciencia no es en la vida más que un factor del progreso mecánico, un medio de satisfacer mejor y más cómodamente las necesidades corporales, es decir, un fin que no traspasa nunca en el hombre más allá del estómago y de los brazos.

La ciencia les causa horror; y hablando con toda sinceridad, ¿hay en ninguna parte más fanáticos, mediocres y vulgares que entre los artistas todos, sólo que con el disfraz de unas cuantas ideas rancias que ni ellos mismos entienden muchas veces, alucinan y engañan al guapo público que les aplaude é idolatra?

Como ejemplos, recuerdo, primeramente, haber leído no ha mucho tiempo un artículo en el que el autor decía haberle confesado un amigo suyo, artista de los que más se precian de avanzados, que la *Revue Philosophique* del notable pensador francés era una *lata* y, en segundo lugar, Proudhon cita en su obra *Du principe de l'art et de sa destination sociale*, palabras de M. Villemain el cual decía hablando de su modo de escribir, que él comenzaba primeramente por hacer la frase y que enseguida buscaba una idea cualquiera de moral, religión ó política *para darle forma...*

¿Y no es, pues, sencillamente, una consecuencia lógica de todo esto que tanto la sociedad como los artistas mismos se

separen todos del Arte que por *sport* aman ó cultivan, considerándolo solamente como una superfluidad de su vida verdadera?

En verdad que da vergüenza ver como no sólo en nuestra decadente España sino que igualmente en Francia, Alemania, Inglaterra y todos los demás países no surge casi ni un solo artista verdadero, no obstante tantos y tantos miles de volúmenes nuevamente publicados; y es que el amor á la Ciencia, de la cual rigurosamente ha de nacer el arte, está muy lejos aun de formar parte del alma anémica de los artistas de nuestros tiempos...

Platón hacía bien arrojando de su República á los artistas todos sin excepción...

H. Spencer

Fragmento

Todo aquel que considere el lenguaje como un instrumento del pensamiento, tanto más perfecto cuanto cada parte especial se adapte con mayor precisión á una función especial, no dudará que el empleo arbitrario de los géneros es un defecto. Regular este empleo de modo que los signos distintivos del género den siempre idea de atributos pertenecientes realmente al sujeto, en lugar de hacer pensar en atributos que no tiene, sería sin duda un progreso. ¿Por qué, pues, la Academia no ha introducido esta reforma, de la cual tiene un ejemplo en la lengua francesa?

He aquí otra cuestión más significativa.

¿Cómo se ha llegado en inglés, sin ayuda de ninguna Academia, á sistematizar los géneros? M. Arnold y con él todos los que no tienen fe sino en los agentes provistos de una organización visible, podrían, si quisieran buscar una respuesta á esta cuestión, perder un

poco de su confianza en los procedimientos artificiales y tener alguna más en los fenómenos naturales. Investigando los orígenes del lenguaje en general, vemos que todas estas formas complicadas, todos estos rodajes que se adaptan unos á otros con precisión maravillosa, han salido de sí mismos, sin la ayuda ni la vigilancia de un cuerpo constituido, Academia ó análogo; del mismo modo, buscando el origen de este perfeccionamiento particular de la lengua, hallamos también que se ha producido naturalmente. Más aún: este perfeccionamiento ha sido posible gracias á uno de estos estados anárquicos de que se horroriza Arnold. Después del conflicto entre nuestros viejos dialectos, que eran bastante parientes para ejercer una acción común, pero demasiado diferentes para ponerse de acuerdo sobre los géneros arbitrarios cayeron en desuso y los que tenían una razón de ser fueron conservados. He aquí un cambio que una

Academias, si entonces hubiese existido Academia, se habría dedicado á dificultarlo, pues durante el período de transición seguramente hubo un desprecio de

las reglas y una corrupción aparente del lenguaje del cual no podría esperarse un buen resultado.

Introducción á la Ciencia social, pág. 253.

Octavio Mirbeau

Un héroe ⁽¹⁾

JUAN HARAPO (*mendigo*) y el COMISARIO DE POLICÍA.

Al regresar de noche el mendigo á su habitación estrellada —un banco de una plaza— tropieza con una cartera conteniendo diez mil pesetas en billetes del Banco. El mendigo se halla solo en una vía desierta, sin un céntimo en sus bolsillos, olvidado y hambriento; podía, por lo tanto, quedarse con el dinero... y sin embargo lo lleva al primer cuartelillo de policía que encuentra. El Comisario se queda, al principio, incrédulo y asombrado, luego le admira y se siente conquistado por su acción, por último proclama que es un héroe y quiere proponerle para una recompensa... de cinco pesetas. A este efecto le pide su nombre, apellido, profesión y domicilio.

COMISARIO.—¿Cómo os llamáis?

HARAPO.—Juan Harapo, señor Comisario.

C.—¿Vuestra profesión?

H.—La que V. quiera.

C.—¿Os pregunto qué hacéis? dónde trabajáis, en fin, vuestro oficio, cuál es?

H.—¡Ay, señor Comisario!

C.—Me parece que recoger carteras no será una profesión...

H.—Sin embargo, no tengo otra.

C.—(*Asombrado*). ¿Cómo? ¿No tenéis un oficio?

H.—Me parece.

C.—¿Vivís de renta?

H.—Ni siquiera de la renta de los demás. Vivo de la caridad pública, señor Comisario. Y, á decir verdad, puedo decir que muy mal...

C.—(*Rascándose la cabeza*). ¡Ah, ah! He ahí todo echado á perder. ¡Y yo que

sentía simpatía, estimación, admiración por vos! (*con palabra menos entusiasta, casi brusca*). En fin, llamemos á las cosas por su verdadero nombre; sois un mendigo, ¿no es esto?

H.—No me vanaglorio de ello, señor Comisario. Claro que, si pudiese, escogería otra posición social.

C.—(*Grave*). ¡Ah! esto es serio; vagabundaje, indisciplina, negativa á cumplir los deberes de ciudadano... (*bruscamente*) ¿dónde habitáis?

H.—En la plaza Anversa...

C.—¡Ah! ¿Habitáis en la plaza Anversa? Muy bien, ¿en qué número?

H.—Sin número, señor Comisario,... es en un banco.

C.—(*Frunciendo las cejas*). ¿En un banco?

H.—Sí, en un banco, en el *square*, debajo de un castaño...

C.—Pero buen hombre... ¿estáis bromeando?

H.—¡Ay de mí! No bromeo. Y si le dijere que este banco es para mí la última palabra de la habitación moderna, seguramente no me creería V. ¿verdad?

C.—Entonces, ¿no tenéis domicilio, un do-mi-ci-li-o?

H.—No señor.

C.—Esto es grave, muy grave. ¿Pero no sabéis que venís *obligado* á tener un domicilio, *obligado* por la ley?

H.—La miseria y la ley, señor Comisario, son dos cosas muy distintas.

C.—¿Sabéis lo que es un hombre sin domicilio?

H.—Un desgraciado, probablemente un desgraciado.

C.—No; un refractario, algo así como un desertor civil, tal vez un criminal, pero siempre un delincuente.

H.—No sé si soy un delincuente, pero

(1) De *Le portefeuille*, comedia en un acto. Librairie Charpentier et Fasquelle, París, 1 fr.

sí sé que no tengo trabajo, ni porvenir, ni nada, nada...

C.—Porque sois un peligro social.

H.—¿Un peligro social? Míreme usted bien la cara, señor Comisario, y mis manos, y mis pobres piernas flacas y debilitadas... ¿puedo ser un peligro? Además, soy viejo y enfermo, míreme usted bien...

C.—Pero vivís en estado de vagabundaje, incurris en el delito de vagabundaje. He ahí un caso complicado y aburrido. Héroe... lo sois, ciertamente, un verdadero héroe; pero también sois un vagabundo. Y sino hay leyes á favor de los héroes, en cambio hay multas para los que mendigan.

H.—Estas no faltan nunca.

C.—(Con ironía). ¿No habéis pensado en todo esto mientras recogíais la cartera? Os imaginabais que era una cosa muy sencilla, una cosa muy fácil recoger una cartera con billetes? ¡Ah, que idea. que estúpida idea!

H.—¿Quería usted, pues, qué la dejara allí, para qué la recogieran otros, por ejemplo un rico?

C.—Habríais hecho perfectamente. El dinero es de los ricos y éstos lo toman donde lo encuentran.

H.—Comprendo... Si hubiese sabido leyes, á fe que hubiera dejado que la recogieran otros, pues á decir verdad, no anima gran cosa ser persona honrada.

C.—Aquí no se trata de ser honrados. Nadie os pide que seais honrado, Ha-

rapo. Se trata unicamente de respetar la ley... ó de evitarla... que viene á ser lo mismo.

H.—Comprendo, comprendo...

C.—Es así. Ved esta cartera... Convento en que, en vuestro lugar y dada vuestra situación, poquísimo la hubieran restituido. Con esto no quiero decir que hayáis sido un imbécil, no. Habéis carecido de prudencia, de oportunidad, de reflexión... En suma, *moralmente* hablando, vuestra acción es altamente meritoria... Si, pero *legalmente*... *legalmente* os habéis colocado en un atolladero.

H.—Comprendo, comprendo...

C.—Fijaos bien y para en lo sucesivo. Ni en el Código ni en ninguna otra parte existe un artículo de ley que os obligue á encontrar de noche, en mitad de la calle, una cartera llena de billetes de banco; pero, en cambio, hay un artículo que bajo penas severas, os *obliga* á tener un domicilio... Creedme; mejor hubierais hecho encontrando un domicilio que una cartera.

H.—Comprendido... Entonces, ¿qué hacer?

C.—Yo os hallaré un domicilio.

H.—¿De veras? Es usted muy bueno...

C.—Esta noche dormiréis en el cuartelillo, y mañana os enviaré al puesto de Policía Central.

H.—(Asombrado). ¿Cómo, á la cárcel?

C.—(Á los guardias). Arrestad á este hombre. Pero sed buenos con él... Es un héroe!

Recibido:

De la Biblioteca de *L'Ere Nouvelle*, de París: *Whiteway, Un coin de terre heureux*, por T. Combe. — De la de «La Protesta», de Buenos Aires: *La anarquía ante los tribunales*, por P. Gori, con prólogo de Altair, traducción de Prat. — *Catecismo Moderno*, folleto editado en Oporto. — Del editor Sempere, de Valencia: *Psicología del Militar profesional*, por A. Hamon, traducción de J. Prat, en todas las librerías, 1 peseta. — *Las grans Accions y Las Soletats*, per Plácit Vidal, imprenta Catalana, Barcelona. — *Dialectes dramàtics*, por J. Puig Ferreter, imprenta Catalana. — *Almanach de la Revolution pour 1905*, París, rue Broca, 4.

Boletín trimestral de la Biblioteca «La Protesta»; *El Sombretero*; 7 Septiembre, de Buenos Aires; *La luz del Obrero*, de Cieza; *Archivos de Psiquiatría y Criminología*, de Buenos Aires; *El Garrot*, de Badalona; *Espartaco*, de Barcelona.

Imprenta Moderna de GUINART Y PUJOLAR.—Cortes, 645 (chafán Bruch).—BARCELONA